

También nos dijo D. Martín Navarro que la comisión nombrada, de Ingenieros, para reconocimiento del emplazamiento de pantanos en la cuenca del Guadalquivir, había subido al sitio designado para el nuestro de San Clemente y había dictaminado informe: informe que es un tanto dudoso en cuanto a la ladera derecha y por lo que son necesarios unos trabajos de sondeo que se llevarán a cabo pasados estos días, pues dependen de algunos trámites burocráticos, que se están resolviendo con la celeridad que es norma del Conde de Guadalhorce, tratándose de estos asuntos en los que pone su alma entera, convencido del bien que hace y comprometido de su deber.

Y como estribillo de cada uno de sus párrafos nos repetía una y otra vez. «Todo marcha bien, menos nuestra organización».

Aprovechando la estancia entre nosotros de Don Martín Navarro, nos reunimos unos cuantos en el Casino, y Don Bartolomé Lopez entregó el proyecto de reglamento por él escrito y se le dió lectura y se discutieron algunos artículos, y quedó sobre la mesa para reuniones sucesivas.

Para nosotros, este proyecto de reglamento, presentado por Don Bartolomé, es un acierto verdadero; revela el minucioso trabajo del hombre de talento que, enamorado de su obra, labora sin descanso y que con pocas modificaciones creemos será el que se adopte.

Don Bartolomé dió lectura de una carta del señor Gimenez Ontiveros en la que se refería a la revisión del Reglamento, para el que tenía frases laudatorias; también decía que el día 24 pasaría por ésta en el tren, y así sucedió. El día 24, acompañados de Don Martín Navarro, de Don Bartolomé Lopez y otros amigos salimos a la estación y tuvimos el gusto de saludar al competente Ingeniero, Sr. Gimenez Ontiveros, que tanto interés se está tomando por nuestra obra, que considera tan suya.

Entregó la copia del Reglamento que el Sr. Lopez le había remitido para su revisión y de palabra reiteró sus opiniones de bondad del mismo.

Nos habló de lo mismo que ya nos había dicho Don Martín Navarro, sobre el informe de la comisión de sondeos, del buen estado de ánimo del Sr. Ministro, del interés que toma la comisión de sondeos en resolver prontamente lo que atañe al pantano de San Clemente, y nos abundó en la necesidad de constituirmos en sociedad.

Lamentamos grandemente fuesen tan breves los minutos de parada del tren, que apenas nos permitieron saborear su ilustrada y grata conversación.

Premuras de tiempo y falta de espacio nos impiden dar más extensión a estas impresiones y algunas nociones del Reglamento, que aplazamos para otro número.

Necesidad de editar

Siendo el periódico el medio más apropiado, y en cierto modo más adecuado de expresión pública, quiero ocuparme en estas líneas de un asunto de trascendencia suma, que si bien es verdad, hoy, le estamos tocando de cerca, sintiendo sus perjudiciales efectos, ninguno empero, se cree obligado a remediarlo. Me quiero referir al abandono que existe en los padres con respecto a la educación de sus hijos. Todo sabemos y aún tenemos olvidado, que el hogar es la primera escuela de educación para el hijo y que los padres son los primeros maestros. En esta escuela es donde el corazón del niño ha de formarse primeramente para el bien y la virtud, cortando todas

aquellas raíces que puedan estorbar la rectitud y crecimiento moral del hijo. El incumplimiento de este deber sagrado por parte del padre, y la idea errónea que de ella tiene, ha sido y es la causa de que aparezca el dolor en la casa paterna y el buhorno en las civilizaciones actuales.

El niño de hoy (tristeza dá el decirlo) no es el hijo cristiano, sumiso y obediente de otros tiempos; es el tipo perfecto y acabado del niño consentido, caprichoso y hasta desvergonzado, que, despreciando aquellos juegos propios de su edad, se cree con derecho a no respetar al padre y desafiar a los mayores con palabras y frases, que indignan a las personas menos piadosas y de educación mediocre.

Después, queriendo el mozo complacer al padre, quien se cree hacer de su hijo un hombre prodi-

gio, muestra su deseo en hacer una carrera, pero para ello precisa y es necesario el apartamiento de toda tutela paternal. Se aleja, al efecto, cual otro hijo pródigo, a lugares lejanos, a las grandes urbes, y allí con desencanto el chico se transforma totalmente y que digo transformarse? allí no hace más que exteriorizar los principios de una educación bastante deficiente en sus comienzos. De este modo se rodeará de amistades bastante peligrosas, asistirá a cafés, frecuentará cabarets y trasnochará cuantas veces se venga en gana. ¿Y sus estudios? Estos serán los que merezcan le llamen la atención. Su orientación estudiantil no será ya el producto de la paterna advertencia, sino más bien una adaptación al género de vida que le convenga. Transcurridos que sean los años, pensará con o sin carrera conplá-